

El papel de Siria en Oriente Medio después de la guerra de Irak

Raymond Hinnebusch

Institute of Middle East, Central Asia and Caucasus Studies (MECACS)
University of St. Andrews

De 2003 a 2004, Siria se esforzó por hacer frente a las consecuencias de su oposición a la invasión y ocupación de Irak por parte de Estados Unidos. La disconformidad del presidente Bashar al Assad con la política de Washington en relación con esta guerra, en sorprendente contraste con el apaciguamiento propugnado por otros líderes árabes, no suponía una alternativa idiosincrática, fácilmente reversible, y reflejaba la tangente de la política exterior nacionalista árabe de Siria, que había perdurado a través de numerosos cambios de líder. Los «neo-conservadores» de Washington no disimularon su deseo de utilizar un «cambio de régimen» forzado para remodelar Oriente Medio, para lo cual necesitarían únicamente el sometimiento de Siria, Líbano e Irán y así completar su proyecto después de la caída de Saddam.¹ Entre la espada y la pared, entre la autoridad militar israelí al este y las fuerzas americanas al oeste, Siria se enfrentaba a un bombardeo de reclamaciones procedente de Washington. Los ataques públicos contra la invasión de EE UU propiciaron que la legitimidad del régimen fuese incompatible con la sumisión a los dictados estadounidenses; sin embargo, la supervivencia del régimen requería alguna adaptación a Washington.

Siria era uno de los pocos países que no aceptaron el hecho consumado de la pre-

sencia de EE UU en Irak. A pesar de que Siria cerrara oficialmente sus fronteras para impedir el tránsito de combatientes de la resistencia a Irak, rechazó las peticiones de EE UU para que emplease más recursos en el refuerzo de la vigilancia en sus 800 km de frontera. Además, Siria ofreció apoyo político, pero no militar, a la resistencia, principalmente árabe suní y se negó a reconocer el Consejo de Gobierno implantado por EE UU en Irak. Surgieron diversos conflictos entre este consejo y EE UU sobre los activos iraquíes que habían sido transferidos supuestamente a bancos sirios antes de la guerra. Siria hizo en vano campaña en contra de un reconocimiento más amplio del consejo por parte de la Liga Árabe y la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP). A finales de 2003, cuando surgió el encarnizado debate en Irak sobre la transición al autogobierno, Siria apoyó a aquellos que solicitaban la celebración de elecciones, en especial a los chiíes, en contra del intento de EE UU de manipular la representación a una asamblea constituyente iraquí. Siria reconocería a Irak, afirmó Bashar, cuando se crearan instituciones autónomas, no impuestas.² Siria, sin embargo, recibiría posteriormente a Iyad Alawi, el líder del gobierno provisional respaldado por EE UU. Siria albergaba la esperanza de que este encuentro garantizaría un resultado aceptable para Irak: si la resistencia continuaba constante, era improbable que EE UU atacara también a Siria; si Irak se democratizaba, las relaciones históricas de Siria con muchas fuerzas clave con-

tinuarían asegurándole una relación amistosa con Irak.³

Las relaciones entre EE UU y Siria se mantuvieron en crisis prolongada después de la invasión de Irak. EE UU presentó y continuó insistiendo sobre una lista de peticiones a Siria, tales como la expulsión de las facciones militantes palestinas, el desmantelamiento de Hezbolá, la retirada del Líbano y la cooperación con el régimen de ocupación en Irak. Dichas peticiones contravenían los intereses más vitales de Siria: sus credenciales en la lucha sobre el Golán, su esfera de influencia en el levante y su estatus nacionalista árabe en el mundo árabe; ningún gobierno sirio accedería a tales peticiones, excepto bajo la más extrema e inminente amenaza. Algunos diplomáticos de Damasco creyeron que la hostilidad de EE UU estaba causada por un deseo de humillar a Siria por su oposición a la guerra.⁴ En octubre, Bush justificó abiertamente un ataque aéreo israelí sobre un campamento palestino cerca de Damasco, ataque que fue considerado en general como parte de una estrategia estadounidense para incrementar la presión sobre Siria; casi un año después, en octubre de 2004, Israel asesinó a un líder de Hamás en Damasco. En noviembre de 2003 el llamado «Syria Accountability Act» fue aprobado por el congreso, lo que permitió al presidente Bush aplicar una combinación de sanciones diplomáticas y económicas contra Siria. Esta medida, en palabras de Stephen Zunes, «está tan llena de hipérboles y dobles estándares que minan su propia credibilidad».⁵

¹ Patrick Seale, «Why are the US and Israel threatening Syria?», *al Hayat*, 18 de abril de 2003.

² www.nytimes.com/2003/12/01

³ Anders Strindberg y Mats Warn, «Syria, Hizbullah and the Iraqi dimension», *Middle East International*, 13 de junio de 2003, pp. 27-29.

⁴ Anders Strindberg, «America's nonsensical Syria policy», *MEI*, 25 de julio de 2003.

⁵ Stephen Zunes, «The Syrian Accountability Act and the Triumph of Hegemony». *FPIF Policy Report*, octubre de 2003.

El asunto de las denominadas «ADM» (armas de destrucción masiva) tipifica el intento «neoconservador» de EE UU de no impugnar únicamente las políticas específicas de Siria, sino también amenazar los intereses sirios más vitales y provocar una crisis sirio-americana. A pesar de que el armamento de misiles químicos de Siria representa una defensa puramente disuasoria, crucial para su seguridad ante el sumamente superior ejército nuclear israelí y aunque, lejos de suponer una amenaza en contra de cualquiera, constituye un factor clave en el equilibrio de poderes que se ha mantenido durante dos décadas de paz en la frontera entre Siria e Israel, los neoconservadores intentaron repetidamente hacer creer que la capacidad nuclear de Siria suponía una amenaza a la estabilidad de Oriente Medio y de los propios EE UU. Siria propuso convertir Oriente Medio en una zona libre de armas de destrucción masiva bajo la supervisión de la ONU, pero a Washington no le interesaba: el objetivo neoconservador era forzar el desarme unilateral de Siria, dejándola totalmente abierta al poder israelí y vulnerable ante un acuerdo de paz dictado por Israel.

Analistas cercanos al régimen sirio, sin embargo, se muestran partidarios de que Siria abra un camino intermedio entre el reto poco realista al poder estadounidense y la sumisión a sus dictados. Creen que Siria conservaba cartas de negociación, en concreto, su posición central en el proceso de paz entre árabes e israelíes, para la estabilidad regional, para contener el terrorismo y para reprimir a Hezbolá, con su probada habilidad para provocar daños en Israel. Siria se dio cuenta de que la viabilidad de esta estrategia dependía de si las dificultades de Washington en Irak le llevarían a la conclusión de que su poder militar no anularía su necesidad de cooperación de los Estados de la región y que esto dependía del respeto mutuo basado en la soberanía. Las élites sirias también se sumaron a la idea de que EE UU no podía recurrir tan fácilmente a la fuerza militar contra Siria como hiciera contra Irak porque Siria no violaba el derecho internacional y no estaba sujeta a sanciones internacionales. Siria posee una escasa riqueza petrolífera para fundamentar la

ocupación estadounidense y no cuenta con una oposición preparada para colaborar con EE UU.

En la práctica, Siria intentó hacer cada vez más concesiones para aplacar a los moderados estadounidenses sin renunciar a sus «cartas» en la lucha por el poder regional. Siria disuadió el movimiento de luchadores de la resistencia a Irak. Después de que el conflicto neoconservador con Siria pasara en última instancia a Israel, Siria intentó cumplir con las peticiones a medias. El movimiento Hezbolá fue sometido a una gran presión para que dejara de retar a Israel en el sur de Líbano, se cerraron las oficinas de las facciones militares palestinas en Damasco y Siria exigió a la Yihad Islámica acordar un alto al fuego en Palestina. Siria no puso obstrucciones a la denominada «Hoja de Ruta» para la paz en Oriente Medio, incluso a pesar de que excluyera a Siria del mandato israelí. Al mismo tiempo, impulsó la reanudación de las negociaciones con Israel en el momento en el que ambos alcanzaran un acuerdo bajo el mandato del anterior Primer Ministro Rabin. El líder de línea dura, Ariel Sharon, no tenía sin embargo ningún interés en esta oferta y los neoconservadores creyeron que la paz y Golán serían regalos a los que Siria no tenía derecho alguno. Cada concesión siria despertaba el apetito de Washington, que quería más. William J. Burns, secretario adjunto para los Asuntos de Oriente Próximo sostiene que «Siria alberga la ilusión de que baste con algunos pasos superficiales para calmar nuestras preocupaciones... desde la equivocada creencia de que el compromiso de EE UU en Irak y con los israelíes y palestinos evitará que logremos elaborar una contundente agenda con Siria». Burns reconoció que la cooperación siria contra Al Qaeda había salvado vidas estadounidenses, pero que esto no había sido suficiente para contrarrestar el apoyo continuado de Damasco a otros «grupos de terror», es decir, a aquellos que se oponen al dominio israelí sobre los territorios palestinos ocupados.⁶

Damasco mantiene una diplomacia basada en la diversificación de lazos para evitar el aislamiento internacional que permitió a EE UU lanzar su ataque sobre Irak. Siria y Turquía comparten el interés en contener el «separatismo» kurdo en Irak

y las relaciones amistosas desarrolladas. Bashar también entiende que las alianzas con Europa resultan cruciales para la regeneración económica de Siria y suponen un escudo político contra la hostilidad de EE UU. En concreto, Siria negoció un Acuerdo de Asociación con la UE que, una vez implementado, requerirá que Siria abra su economía paulatinamente, adopte prácticas y normativas de mercado europeo, reduzca el papel del Estado y el favoritismo del que gozan los capitalistas amigos del régimen y cree un espacio abierto para una clase de capitalistas nativos más competitiva, que participe activamente de la alianza siria con Occidente. Este acuerdo comporta graves riesgos para la desindustrialización y el malestar social en Siria, pero el Gobierno reformista de Bashar no ha visto otra alternativa a la integración de Siria en el orden mundial capitalista. Desde el punto de vista de la UE, la adhesión de Siria al Partenariado Euromediterráneo completaría el círculo de acuerdos suscritos con los países árabes que se espera que impulsen la estabilidad política y el desarrollo económico de su periferia.

La UE y Siria iniciaron la adhesión de Siria al Acuerdo de Asociación a finales de 2003, pero algunos Gobiernos europeos insistieron en poner a Siria la condición de adherirse al Convenio de Armas Químicas, un desarme unilateral y virtual que Damasco no se podía permitir aceptar. Cuando este asunto quedó zanjado y se firmó el acuerdo, Francia decidió dar una vuelta más de tuerca, al tratar de bloquearlo si Siria no se retiraba de Líbano. Además, EE UU y Francia se unieron para ejercer presión mediante una resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (CSNU) en septiembre de 2004 en la que se exigía a Siria la retirada de Líbano, desafiando de este modo el deseo del Gobierno libanés de la no intervención en sus asuntos nacionales. De esta manera, la alianza europea con la dudosa política de Washington de amenazas contra intereses vitales de Siria creó un ambiente exterior que obstruyó la liberalización económica desde dentro, tiró por tierra el proyecto de reforma de Bashar y amenazó con sacrificar el Acuerdo de Asociación que seguramente conectaría los intereses sirios con el mundo occidental.

⁶ Statement Before the Senate Foreign Relations Committee Washington, DC, 30 de octubre de 2003.